

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Doña Ana, en Madrid. Está amaneciendo:
la pieza tiene poca luz.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ANA Y CELIA; EL DUQUE Y DON JUAN.
de cocheros: este último retirado detrás del Duque.

DOÑA ANA.

¿No advertís los que habeis hecho?
¿Cómo tan despacio estais?

DUQUE.

Por nosotros no temais:
Quietad el hermoso pecho,
Pues con probar la violencia
Que intentó aquel caballero,
En nuestro favor, espero,
Que tendrémos la sentencia.
Y por su reputacion
Le estará más bien callar:
No penseis que ha de tratar
De tomar satisfacion
Por justicia un caballero.
¿No veis lo mal que sonára

Que herido se confesára
Del brazo vil de un cochero
Un tan ilustre señor,
Dueño de tantos vasallos?
Destos casos, el callallos
Es el remedio mejor.

DOÑA ANA.

Siéntome tan obligada
De vuestro valor extraño,
Que el temor de vuestro daño
Toda me tiene turbada.

DUQUE.

No temais.

DOÑA ANA.

El pecho fiel
El daño está previniendo.

DUQUE.

Quien pudo herir á don Mendo,
Podrá defenderse dél.

CELIA. [*A Doña Ana al oído.*]

En hablar tan cortesanos,
Tan valientes en obrar,
Mucho dan que sospechar
Estos cocheros.

DOÑA ANA. [*A Celia al oído.*]

Las manos

Les mira, que la verdad
Nos dirán.

CELIA.

Es gran razon
Pagalles la obligacion
Que tienes á su lealtad,
[Toma las manos al Duque.]
Pues, por estas manos, queda
Tu honestidad defendida.—

[Vuélvese á hablar aparte á Doña Ana.]
¡Ay señora de mi vida!
Blandas son como una seda,
Y en llegando cerca, son
Sus olores soberanos.

DOÑA ANA. [Ap. á Celia.]

¡Buen olor y buenas manos!
Clara está la informacion.
Disimula.

CELIA. [Ap.]

El otro está
Siempre cubierto y callado:
Cogerélo descuidado,
Pues la aurora alumbra ya
Lo que basta á conocello.
[Va Celia, por detrás de todos, á coger de cara á D. Juan.]

DOÑA ANA.

Amigos, puesto que así
Os arriesgásteis por mí,

Sin obligacion de hacello,
Desta casa y de mi hacienda
Os valed.

DUQUE.

Los piés os beso;
Mas yo no paso por eso;
Que no es razon que se entienda
Que fué sin obligacion
El serviros; pues de un modo
Se la pone al mundo todo
Vuestra rara perfeccion:
Porque, á quien os llega á ver
Dais gloria tan sin medida,
Que aunque os pague con la vida,
Os queda mucho á deber.

CELIA. [A D. Juan.]

¿Y vos sois mudo, cochero?
¿De qué estáis triste? Volved,
Alzad el rostro, aprended
Animo, del compañero.
El que riñó sin temer,
¿Teme sin reñir agora?

DUQUE.

En vano os cansais, señora;
Que es mudo.

CELIA.

Bien puede ser.
(Ap. Mas yo don Juan de Mendoza

Pienso que es..... Él es: ¿qué dudo?
 El triste se finge mudo,
 Por no perder lo que goza
 Mientras encubierto está.)
 —¿Quién dirás, señora, que es
 El callado? [Ap. á ella.]

DOÑA ANA.

Dilo pues.

CELIA.

¿Quién piensas tú que será?

DOÑA ANA.

No lo sé.

CELIA.

¿Quién puede ser
 Quien siendo gran caballero,
 Quisiese ser tu cochero,
 Solo por poderte ver?
 ¿Quién, el que con tal valor,
 En un lance tan estrecho,
 Pusiese á la espada el pecho,
 Por asegurar tu honor?
 Quién, el que en penar se goza
 Por tu amor, y tu desden
 Sigue enamorado? ¿Quién
 Sino don Juan de Mendoza?

DOÑA ANA.

Bien dices: solo él haría
 Finezas tan extremadas.

CELIA.

Bien merecen ser premiadas.

DOÑA ANA.

Que no las pierde, confía.

DUQUE.

El sol sale: porque vos,
 Que sol al mundo habeis sido,
 En tanto que él ha dormido,
 Reposeis agora, adios.
 Y así los cielos, que os dan
 Belleza, os dén larga vida,
 Que no os inquiete la herida
 De don Mendo de Guzman. [Vase retirando.]

DOÑA ANA.

Tras la ofensa que ha intentado,
 No hay porque inquietarme pueda;
 Que ni aun la ceniza queda
 En mí del amor pasado.
 — Deten á don Juan, que quiero
 Hablalle. [Ap. á Celia.]

CELIA.

Á servirte voy.

DOÑA ANA.

Y mientras con él estoy,
 Entreten al compañero.

CELIA. [*Á D. Juan, que se retiraba, siguiendo al Duque.*]

Señor cochero fingido,
Mi dueño os llama: esperad.

DON JUAN.

Hum.....

CELIA.

No hay *hum*: volved y hablad....
(*Ap. á él. Que ya os hemos conocido.*)

DON JUAN.

¡Eso debo á mi ventura!
[*Vase Celia, hablando bajo con el Duque.*]

ESCENA II.

DOÑA ANA Y DON JUAN.

DOÑA ANA.

¿Qué es esto, don Juan?

DON JUAN.

Amor.

DOÑA ANA.

Locura, dirás mejor.

DON JUAN.

¿Cuándo amor no fué locura?

DOÑA ANA.

Sí; mas los fines ignoro
Destos disfraces que veo.

DON JUAN.

Así miro á quien deseo;
Así sirvo á quien adoro.

DOÑA ANA.

No; traidoras intenciones
Encubren estos disfraces.

DON JUAN.

Falsas congeturas haces,
Por negar obligaciones.

DOÑA ANA.

El probarte lo que digo,
No es difícil.

DON JUAN.

Ya lo espero.

DOÑA ANA.

¿Quién es ese caballero,
Y á qué fin viene contigo?
Traer quien me diga amores,
Y escuchallos escondido,
¿Podrás decir, que no ha sido
Con pensamientos traidores?

DON JUAN.

¡Cuán léjos del blanco das!
Pues si traidores los llamas,
La mayor fineza infamas
Que ha hecho el amor jamás!

DOÑA ANA.

Díla pues; que á agradecella,
Si no á pagalla, me obligo.

DON JUAN.

Por obedecer la digo,
No por obligar con ella.
Como mi mucha aficion
Y poco merecimiento
Engendró en mi pensamiento
Justa desesperacion,
Vino amor á dar un medio
En desventura tan fiera,
Que á mi mal consuelo fuera,
Ya que no fuera remedio:
Y fué, que te alcance quien
Te merezca: tu bien quiero;
Que el efecto verdadero
Es este de querer bien.
Á este fin, tus partes bellas
Al duque Urbino conté,
Si contar posible fué
En el cielo las estrellas.
Él, de tu fama movido,
De tu recato obligado,

Este disfraz ha ordenado,
Con que te ha visto y oído.
Y ¡ójala que conociendo
Tu sujeto soberano,
Dé, con pretender tu mano,
Efecto á lo que pretendo!
Que yo, con verte en estado
Igual al merecimiento,
Al fin quedaré contento,
Ya que no quede pagado.
Esta ha sido mi intencion;
Y si escuchaba escondido,
Fué, porque el ser conocido
No estorbaba la invencion.
Que juzgues agora quiero
Si he merecido ó pecado,
Pues de puro enamorado
Vengo á servir de tercero.

DOÑA ANA.

Tu voluntad agradezco;
Pero condeno tu engaño;
Que presumes por mi daño
Más de mí, que yo merezco;
Porque no es á la excelencia
Del Duque igual mi valor;
Que no engaña al propio amor
Donde hay tanta diferencia.
Fué mi padre un caballero
Ilustre; mas yo imagino
Que pensára honrarle Urbino,
Si lo hiciera su escudero.

Y así, á tan locos intentos
Tus lisonjas no me incitan;
Que afrentosos precipitan
Los soberbios pensamientos.

DON JUAN.

Mucho, señora, te ofendes,
Porque sin tu calidad,
Digna es, por sí, tu beldad
De más bien que en esto emprendes.
No te merece gozar
El Duque, ni el Rey, ni.....

DOÑA ANA.

Tente:

La fiebre de amor ardiente
Te obliga á desatinar.
Tu amoroso pensamiento
Encarece mi valor:
¡Diérasle al Duque tu amor,
Que yo le diera tu intento!

DON JUAN.

¿Quién podrá quererte ménos
En viendo tu perfeccion?

DOÑA ANA.

Al fin, por tu corazón
Quieres juzgar los ajenos:
Y es engaño conocido;
Que si el tuyo por mí muere,
No con una flecha hiere

Todos los pechos Cupido;
Y aunque el Duque tenga amor,
Galan querrá ser, don Juan:
Y honra más que un rey galan,
Un marido labrador.
Y aunque en el Duque es forzosa
La ventaja que le doy,
Grande para dama soy,
Si pequeña para esposa.

DON JUAN.

Nadie con tal pensamiento
Ofende tu calidad.

DOÑA ANA.

De mi consejo, dejad
De terciar en ese intento;
Porque mayor esperanza
Puede al fin tener de mí
Quien pretende para sí,
Que quien para otro alcanza. [Vase.]

ESCENA III.

DON JUAN, y despues BELTRAN.

DON JUAN.

¿Posible es que tal favor
Merecieron mis oídos?
¡Dichosos males sufridos!
¡Dulces vitorias de amor!
Que tendrá más esperanza,

Dijo, si bien lo entendí,
 Quien pretende para sí,
 Que quien para otro alcanza.
 Que la pretenda mi amor
 Me aconseja claramente:
 Y la mujer que consiente
 Ser amada, hace favor. [Sale Beltran.]

BELTRAN.

Mira que el Duque te espera,
 Y no el padre de Faeton,
 Que á publicar tu invencion
 Apresura su carrera.

DON JUAN.

En cas de mi amada bella
 Son los años puntos breves.

BELTRAN.

En la taberna no bebes;
 Pero te huelgas en ella.

DON JUAN.

Bien lo entiendes.

BELTRAN.

Alegria
 Vierten tus ojos, señor.

DON JUAN.

Hacen fiestas á un favor.

BELTRAN.

Mucho alcanza la porfia.

ESCENA IV.

CELIA. DON JUAN. BELTRAN.

DON JUAN.

Celia amiga, Dios te guarde.

CELIA.

Y te dé el bien que deseas.

DON JUAN.

Como de mi parte seas,
 No hay ventura que no aguarde.

CELIA.

Si en mi mano hubiera sido,
 Tu dicha fuera la mia;
 Mas, don Juan, sirve y porfia;
 Que no va tu amor perdido. [Vase D. Juan.]

ESCENA V.

CELIA. BELTRAN; despues DOÑA ANA.

BELTRAN.

Y á mí ¿ me aprovecharia
 El servir como á mi amo?

CELIA.

Pues ¿amas tambien?

BELTRAN.

Yo amo,
Por solo hacer compañía. [Sale Doña Ana.]

DOÑA ANA. [Ap.]

Celia está con el criado
De don Juan, y no sosiego
Hasta hablalle; ya está el fuego
En mi pecho declarado.

CELIA. [Ap. á Beltran.]

Mi señora.

BELTRAN.

Voime.

DOÑA ANA.

Hidalgo,
Volved. ¿Quién sois?

BELTRAN.

Soy Beltran,

Un criado de don Juan
De Mendoza.

DOÑA ANA.

¿Quereis algo?

BELTRAN.

Servirte solo quisiera.
Aquí á Celia le decia
Que amo, por compañía.

DOÑA ANA.

No es conclusion verdadera.
¿Satirizas?

BELTRAN.

No conviene;
Que eso puede solo hacer
Quien no tiene que perder,
Ó que le digan no tiene.
Pero yo, ¿cómo querías
Que predique, sin ser santo?
¿Qué faltas diré, si hay tanto
Que remediar en las mias?

DOÑA ANA.

Tu gusto desacreditas
Con esa cuerda intencion,
Porque á la conversacion
La mejor salsa le quitas.

BELTRAN.

Si ella es salsa, es muy costosa,
Señora; que bien mirado,
Ni hay más inútil pecado,
Ni salsa más peligrosa.
Despues que uno ha dicho mal,

¿Saca de hacerlo algun bien?
 Los que le escuchan más bien,
 Esos lo quieren más mal;
 Que cada cual entre sí
 Dice, oyendo al maldiciente:
 «Éste, cuando yo me ausente,
 Lo mismo dirá de mí.»
 Pues si aquel de quien murmura
 Lo sabe, que es fácil cosa,
 ¿Qué mesa tiene gustosa?
 ¿Qué cama tiene segura?
 Viciosos hay de mil modos
 Que no aborrece la gente,
 Y solo del maldiciente
 Huyen con cuidado todos.
 Del malo más pertinaz
 Lastíma la desventura;
 Solamente al que murmura
 Lleva el diablo en haz y en paz.
 En la corte hay un señor,
 Que muchas veces oí
 (Ap. Esto encaja bien aquí
 Para quitarle el amor)
 Que está malquisto de modo
 Por vicioso en murmurar,
 Que si lo vieran quemar,
 Diera leña el pueblo todo.
 ¿No conoces á don Mendo
 De Guzman?

DOÑA ANA.

Beltran, detente.

El vicio del maldiciente
 Has estado maldiciendo,
 ¡Y con tal desenvoltura
 De don Mendo has murmurado!

BELTRAN.

Pienso que es exceptuado
 Murmurar del que murmura:
 Dicen que el que hurta al ladron
 Gana perdones, señora.

DOÑA ANA.

Dicen mal.—Vete en buen hora.

BELTRAN.

Da á mi ignorancia perdon,
 Si acaso te he disgustado.
 (Ap. Mal disimula quien ama.) [Vase.]

ESCENA VI.

DOÑA ANA. CELIA.

CELIA.

(Ap. Apagado se ha la llama;
 Mas mucha brasa ha quedado.)
 Pues su ofensa te ofendió,
 Sin duda que en tu memoria
 Ha borrado amor la historia
 Que esta noche te pasó.

DOÑA ANA.

Celia, ten: cierra los labios;
 Mira que mi honor ofendes,
 Cuando de mi pecho entiendes
 Que olvida así sus agravios.
 No los males he olvidado
 Que ha dicho de mi don Mendo:
 La infame hazaña estoy viendo
 Que hoy en el campo ha intentado,
 En que claramente veo,
 Pues tan poco me estimaba,
 Que engañoso procuraba
 Solo cumplir su deseo:
 Con que ya, en mi pensamiento
 No solo el fuego apagué,
 Pero cuanto el amor fué,
 Es el aborrecimiento.
 Mas esto no da licencia,
 Para que un bajo criado,
 De hombre tan calificado
 Hable mal en mi presencia;
 Que no por la enemistad
 Que entre dos nobles empieza,
 Pierden ellos la nobleza,
 Ni el villano la humildad.
 Esto, Celia, me ha obligado
 Á indignarme con Beltran;
 Que no, porque ya don Juan
 No esté solo en mi cuidado.

CELIA.

¿Al fin su fé te ha vencido?

DOÑA ANA.

Con lo que anoche pasó,
 Cuanto don Mendo bajó,
 Él en mi rueda ha subido.

CELIA.

¿Declarástele tu amor?

DOÑA ANA.

¿Tan liviana me has hallado?
 ¿No basta haberle mostrado
 Resplandores de favor?

CELIA.

¿Liviana dices, despues
 De dos años que por tí
 Ha andado fuera de sí!
 Bien parece que no ves
 Lo que en las comedias hacen
 Las infantas de Leon.

DOÑA ANA.

¿Cómo?

CELIA.

Con tal condicion
 Ó con tal desdicha nacen,
 Que en viendo un hombre, al momento

Le ruegan, y mudan traje,
Y sirviéndole de paje,
Van con las piernas al viento.
Pues tú, que obligada estás
De tanto tiempo y fé tanta
(Si bien señora, no infanta),
Honestamente podrás
Decirle tu voluntad
Con prevenciones discretas,
Sin temer que á los poetas
Les parezca impropiedad.

DOÑA ANA.

Poco á poco ¿no es mejor?

CELIA.

¿Tú quiéreslo?

DOÑA ANA.

Celia, sí.

CELIA.

¿Sabes que él muere por tí?

DOÑA ANA.

Bien cierta estoy de su amor.

CELIA.

Pues cuando de esa verdad
Hay certidumbre, yo hallo
Más crueldad en dilatallo
Que en decillo, liviandad;

Que el tiempo sirve de dar
Del amor informacion,
Y es necia la dilacion,
Si no queda qué probar.

DOÑA ANA.

El sujetarme es forzoso,
Celia, á tu agudeza extraña.

CELIA.

Es verdad que es poca hazaña
Persuadir á un deseoso. [Vanse.]

—
Sala en casa de D. Mendo, en Madrid.

ESCENA VII.

DON MENDO, *vendado y sin espada*, y EL CONDE.

DON MENDO.

Mis cocheros me han vendido;
Dijo mi enemiga apénas,
Cuando en espadas y dagas
Truecan azotes y riendas;
Y como animosos mudos,
Indicio de su fiereza
(Que da el valor á los pechos
Lo que les quita á las lenguas),
Embistieron dos á dos
Con tal ímpetu y violencia

*